

No sin pasar por lo real

Carmen Gallano

Entiendo que la la CGA de nuestro DEL me ha invitado a intervenir en esta mesa redonda por haber sido miembro del CIG de la Escuela 2006-2008, y por ende haber tenido la oportunidad de participar en los carteles del pase.

De los carteles del pase, en nuestra Escuela, todos lamentamos la escasa elaboración sobre el pase que se transmite al conjunto de la Escuela. ¿ Qué se espera?. Lacan es explícito en el texto de su Proposición del 67 : los miembros del llamado ahora “cartel del pase” , que él denominó “jurado de acreditación ” no son jueces sino “testigos”, que han de tomar la decisión de autorizar o no a un pasante como AE , decisión “esclarecida” por el testimonio que el pasante ofrezca, al hablar de su análisis . Pero añade: “inútil indicar que esta proposición implica una acumulación de la experiencia, su recolección y su elaboración, una seriación de su variedad, una notación de sus grados” y “ el jurado no puede abstenerse de un trabajo de doctrina más allá de su funcionamiento como selector” ¹.

Difícil responder a lo citado cuando, en mi caso, como miembro de los carteles del pase, entre los nueve casos de demanda de pase presentadas en los testimonios de los pasadores, en los 3 diferentes carteles en los que he participado, solamente un caso, el de Silvia Franco, hizo transmisión de pase, lo cual nos dio la alegría al cartel de nombrarla AE. He de decir que tanto en lo 8 casos no nombrados AE como en el caso nombrado AE, no hubo dudas sobre la decisión, en clara convergencia de todos los miembros del cartel.

Así para intentar un esbozo de seriación y elaboración, además de lo extraído de las notas que tomé en el cartel de los testimonios de sus dos pasadores sobre el pase de Silvia Franco, más de lo debatido en dos reuniones por nuestro cartel sobre las enseñanzas de su pase, he ido a leer lo que han escrito otros AE de nuestra Escuela. He encontrado dos textos de Pascale Leray² que transmiten cómo en su análisis se le presentó que el pase no se confunde con el fin de su análisis y se distingue de él. Ella, a diferencia de Silvia Franco, hizo el pase en la Escuela antes de llegar al fin de su análisis. He leído textos de otros AE de nuestra Escuela y de pasantes no nombrados que no esclarecen bien a la luz de su propia experiencia en el análisis y lo transmitido de su análisis en el pase, esta distinción entre pase y fin de análisis, si bien, como P.Barillot, lo elaboran teóricamente.

Comenzaré por lo que he podido localizar sobre la no coincidencia entre pase y fin de análisis en lo transmitido por la nombrada AE en nuestro cartel. Será mi modesta elaboración a partir de lo transmitido por sus pasadores. Silvia Franco me ha dado su autorización a que yo haga público el breve texto elaborado por mí sobre su pase, que le envié previamente. Y a su vez, me ha enviado un texto, aún no acabado, sobre su pase, con sus elaboraciones³, texto

¹ LACAN, J. *Autres Ecrits*, Seuil, Paris, 2001, p. 255-256

² *L'expérience de la passe: de la décision aux conséquences*, en el último nº de la Revue « En-Je lacanien », nº 11 y *Le désir de l'analyste*, intervención en las Jornadas europeas de la EPFCL de noviembre 2008 en Paris, texto no publicado.

³ “*O inessencial do sujeito suposto saber: as consequências analíticas do passe*”

en el que ella sitúa varios momentos de pase, “como momentos de separación “. Me ha sorprendido que los sueños que ella relata en su texto como cruciales de los virajes de su análisis, no son los mismos que los que yo recogí en mis notas. Como se da la suerte de que está también en esta Mesa, otro miembro de ese cartel, Luis Izcovich, él podrá decir lo que a él, por su parte, le enseñó esta pasante sobre la distinción pase/fin de análisis.

Me aparece que su pase se produce al tiempo de ser designada pasadora, más o menos dos años antes del fin de su análisis. Ejerció como pasadora durante unos meses. Su testimonio de pase es, en su caso, posterior a su fin de análisis. Un momento de pase es claro, resolviendo súbitamente lo que experimentaba con intenso dolor como impasse formulado como “mejor morir que esa ruptura”. La ruptura en cuestión le hacía perder un vínculo sostenido por su fantasma, fantasma del que había ya extraído qué objeto de goce se hacía ser para el Otro, bajo los oropeles de la identificación fálica. **No es despejar lo real del goce mantenido en el fantasma lo que hace pase.** Sino la separación, por una ruptura en acto, de su alienación fantasmática, pagando un precio en lo real, pasando por varias pérdidas, entre otras, de lo que en ese vínculo le daba un lugar profesional exitoso con su anterior analista, con la que hasta la ruptura compartía consultorio y actividades psicoanalíticas. El efecto de ese momento de pase, de esa separación, fue al inicio de intensa angustia, y luego, lo real de intensos dolores físicos, especialmente en el corazón, que la llevaron varias veces al hospital, sin que nada del saber inconsciente pudiera dar cuenta de ello y sin causa orgánica. En sus sucesivos momentos de pase, fue cayendo del lugar de “escogida”/ “no escogida”, del lugar de objeto, al que dice “haber estado pegada para no perder el sentido”. Y así se encuentra con A tachado, con un agujero en el lugar del Otro y con la caída del SsS. Lo encuentra en la emergencia de la pérdida de sentido de lo descifrado de su inconsciente y como un irreductible agujero en el Otro del saber. Y ello resuelve su síntoma, que precisamente, en diversos modos, le hacía “perder el sentido”, con desmayos o “temer perder el sentido al hablar”. El goce del síntoma, al cesar, se revela ligado a su hacerse objeto del goce atribuido al Otro en su fantasma.

En esa coyuntura de su análisis es designada pasadora y experimenta gran incomodidad: “la analista no entendió nada” es su reacción. Pues interpretó que la analista la consideraba próxima al final de su análisis y para ella no era así. Ocasión de ver como la idea extendida desde hace años de que el pase anuncia el fin del análisis es desacertada. El goce de su fantasma “hacerse la muerta para no ser atacada, para no morir”, virando al sin-sentido de “hacerse la muerta para no morir”, cae y la coloca en otra perspectiva respecto a ese montaje: “ hacer de muerta para no ser escogida”.

El efecto fue para su sorpresa, que la voz de la analista, destituida del lugar de SsS fue la que se le tornó incómoda, y con un efecto de tristeza, y ella consintió a hacer de pasadora, desde el “no-saber” y su destitución subjetiva.

La heterogeneidad de las dos distintas “pérdidas de sentido” aparecida en el equívoco de la expresión, le permite despejar la separación entre **lo real del goce** que fijado en el objeto del fantasma alimentaba el síntoma y **lo real como agujero en el Otro del saber**, de ese saber sin sujeto que es el inconsciente. Así, se descubre en un cambio de posición y en un deseo nuevo que trae consigo, además de cambios en su vida, un cambio radical en su posición con sus pacientes y una certeza, en un nuevo modo de silencio, para ella, como analista. Varios sueños y equívocos hacen aparecer cómo “en el lugar de la muerta sin cabeza” algo empuja a hablar, no en un “hablar bien” que era

su aspiración Ideal. Dirá en su testimonio que ese deseo de analista se asienta desde “ese algo que escapa al saber” y que la lleva desde el pase a oír los pacientes “ más allá del sentido”.

Del momento de decisión de su fin de análisis, en su texto aparece que fue el vaciamiento del objeto al que había reducido a la analista, el resto de la relación transferencial, que velaba el vacío del Otro lo que hizo conclusión, pasando por los efectos de un sueño “de entrar sola en un ascensor que cae sin nadie que la socorra ” Lo que el cartel recogimos del trayecto de su análisis fue: como aquella que aspiraba a “hablar bien, con la esperanza de así ser oída” y qué comenzó un recorrido de terapias desde los 17 años en busca de analista, 6 años después, a la tercera, que en la transferencia encarnaba el Ideal de hablar bien obtiene en dos años un éxito terapéutico, un éxito yoico, sin satisfacerse con él (es la analista, devenida colega, con la que se jugará años después la ruptura que antes he citado). Pasando por un tiempo en su inmediato nuevo análisis, en el que se agudizó su síntoma de “no poder decir nada”, “no poder valorizar nada”, en ese último análisis pudo llegar hasta su fin. Eligió una analista “que hablaba mal y embarullada en sus papeles”, lo cual ya marcaba, a mi entender, una falla en el Otro. Y aquella a la que sus inhibiciones y síntomas impedían “hablar bien”, en su pase nos sorprendió al cartel, con un “justo decir”, transmitido por sus pasadores, un decir modesto, presente en lo tejido con algunos cabos de saber de su análisis, surgido desde un “imposible hablar bien” y “un imposible de saber”. En su texto, Silvia Franco, pone el acento en que “no es una tarea simple escoger los rastros de lo que fue vaciado hasta el punto de producir un acto y con la cuestión de ¿cómo intentar transmitir algo de lo imposible? “.

Paso ahora a lo recogido de lo que transmite sobre la disyunción pase/fin de análisis Pascale Leray en sus dos textos, en los que sitúa con precisión los momentos cruciales de su análisis, con varios sueños, que yo no comentaré, pues lo podéis leer, detallado en su texto publicado en L’En- Je nº 11. Ella sitúa con claridad dos momentos de pase en su análisis, sin precedentes en la cura, decisivos para la emergencia del deseo del analista en ella, un deseo definido como “ser activada por otra cosa que por los cabos de saber elaborados en el análisis”. El primer momento de pase: a partir de un sueño y un equívoco semántico, que abre en su análisis un más allá de la función del padre, lo que excede a la función salvadora del padre. Ahí se despeja en su cura el ser de goce que se hacía ser para el Otro en su fantasma, “impensable objeto a comer”. La caída del goce del objeto hace emerger la inexistencia del Otro del goce. Sobrepassar el horror de saber de su goce tiene un efecto de alivio y alegría, una nueva apertura al deseo. Es el corte de este goce, que “daba un ser” obturando la causa del deseo, su caída, lo que produce una primera separación entre el objeto de goce de su fantasma y A tachado.

El segundo momento de pase surge en un momento de viva angustia, a través de la respuesta de un sueño, en el que lo que “salta a los ojos” es la mirada, como objeto que obtura la hiancia del sexo femenino. Se le desvela lo imposible de un saber que atraparía lo real del sexo y que lo amenazante no es esa hiancia sino lo que le cerraba el acceso. La distinción entre el agujero del objeto a, causa de falta en el sujeto al vaciarse el goce fantasmático, y el abismo al que confronta S de A tachado, como inasible otredad del sexo femenino, se marca en una certeza. El efecto es el cese de la angustia, más cesar de esperar otra cosa en la vida y se abre lo inverso “estar a la altura de la vida que el deseo como deseo del Otro nos ha transmitido”.

Ese otro encuentro radical con el significante del Otro tachado, es lo que para ella marca el momento de pase que se produjo en el instante mismo de un acto: la decisión de presentarse al pase, en la elección de transmitir ese deseo. No fue un momento depresivo, ni de euforia. Sino un momento en el que se despegaba de la ficción de su historia en el encuentro con la falla real en el saber. Era un acontecimiento. El efecto fue inmediato en su práctica analítica, en una ligereza desconocida hasta entonces. Las pérdidas resolutivas en esos cortes de los momentos de pase, abrían la falla real en el saber como causa de su nuevo deseo de saber, y lo real de la castración como ausencia de “lo que jamás ha existido sino como vacío”.

Ahora bien, ella considera que a su deseo de analista le quedaba una traba, que solo se deshizo en el tiempo de análisis consecuente a su testimonio de pase. Antes de decidir hacer el pase en la Escuela, ella también, había ejercido como pasadora. Sitúa que tras el segundo momento de pase, quedaba aún un punto de fijación: no lograba hacer el duelo de la consistencia dada a la verdad, a pesar de los efectos de caída del SsS., y en ese lazo con la verdad, se mantenía la fijación al objeto al que se había reducido el analista, despejado en la cura: la mirada que ocupaba el lugar de la causa del deseo. En su análisis, “despegándose de la ficción de la verdad histórica” en el tiempo que sigue a su testimonio de pase, se esclarecerá para ella “su nombre de síntoma”, cortado, separado, del goce del fantasma. Si el pase había sido el paso a un nuevo deseo de saber, a un deseo de analista, no era el fin de su análisis. Un sueño abre la vía a su fin de análisis: el sueño, con un efecto de chiste, sitúa “la puesta a plano de su identificación fálica”, e interpreta que la amenaza no es el abismo del vacío sino lo falaz de la ostentación fálica a la que el sujeto se agarraba. El efecto de la interpretación del sueño precipitó un decir, que a través del abismo del vacío, volvía a traerle lo real de la causa imposible de atrapar en el deseo del Otro. El resto de mirada que soportaba la transferencia se vacía. Y la conclusión de su cura, nos dice, es la imposibilidad de nombrar lo que del deseo escapa a la palabra y cómo en ese real se origina para ella el deseo del analista.

Las cosas no se presentan del mismo modo, en lo que transmiten estas dos pasantes nombradas AE. Si la una acentúa en su pase “despegarse del sentido”, la otra acentúa “despegarse de la verdad”. Y es de diferente manera que experimentan cómo se deshizo en sus momentos de pase la coalescencia entre el objeto a del fantasma y S de A tachado. Además, en la primera, hay un testimonio claro de cómo “la paz no viene a sellar enseguida la metamorfosis del pase”. La separación del goce del fantasma, con la emergencia correlativa del agujero en el Otro del saber, y la caída del SsS, de donde surge para ella su deseo de analista y su aptitud para el acto analítico, no bastan para que se produzca el fin efectivo de su análisis. En la segunda hay más precisión sobre cómo se resuelve al fin su relación con lo real de la castración, y con ese otro real, el vacío que hace existencia en el lugar de lo imposible de saber del sexo femenino, que hace cesar la llamada al Otro.

Quiero señalar que en ambas - y no me parece azar que eso esté indicado en los títulos que dan a sus textos transmitidos a la Escuela- su transmisión no es sólo de sus momentos de pase, sino que incluye sus consecuencias en el sujeto y en su nuevo vínculo al Otro, Escuela incluida. Y soy sensible a lo que nos transmiten ambas en cuanto a **ese viraje en torno a lo real** que hace de la palabra portadora no-toda del deseo: en lo imposible de decir que cava entre las palabras el hueco en el que surge un oír y decir de analista.